Cada espantoso detalle

Por fin parece que todo ha acabado. Y aunque no quisiera, puedo recordar a la perfección cada espantoso detalle.

Me disponía a arreglar mi habitación y hacer la cama, como cada domingo cuando escuché las voces de Juliana y Telmo cerca de mi habitación. Ambos entraron sin ni siquiera mirarme o saludarme. Revisaron las paredes, el espacio en general y entraron al baño.

-'Hey Juliana, Telmo, se que ayer no limpié la cocina como habíamos acordado, pero esa no es razón para no hablarme' -les dije-. Prometo que hoy lo haré'

Miraron de nuevo toda la habitación y salieron ignorándome por completo como si fuese invisible. Sorprendida y enojada, me di la vuelta para continuar y me di cuenta que mi cuarto era totalmente diferente al de hace cinco minutos. Ahora notaba que las paredes estaban sucias y viejas, que ya no había una cama grande sino dos, una al lado de la otra, las sábanas estaban amarillentas y un poco rotas. las almohadas parecían una bolsa de basura y el mueble donde guardaba mis pijamas y mis calcetines había desaparecido.

Mientras intentaba aclararme a mí misma lo que veía, repentinamente entró una enfermera con un uniforme más bien antiguo y con una desagradable cicatriz en su rostro, una especie de línea diagonal en la mejilla izquierda. Sin amabilidad alguna, me daba indicaciones de todo lo que debía hacer para cuidar a una señora muy mayor que requería atenciones especiales. Me confirmaba que no había más personal ya que era domingo y que por ello debía escuchar con cuidado todo lo que me indicaba ya que nadie más estaría presente para ayudarme. No pude más que balbucear mientras veía que entraba otra enfermera empujando en una silla de ruedas a una anciana de cabello muy largo

CC BY

Autora: Oriana D. Castillo

completamente blanco y despeinado, ojos apagados y blanquecinos y un olor terrible, mezcla de sudor con colonia barata, era nauseabundo. Sólo tenía dos dientes en la encía inferior. Empezó a mirarme fijamente, mi rostro, mi cabello, mis zapatos y esbozó una mueca de odio y burla que me dio escalofríos. Entre ambas la colocaron en la cama y la arroparon.

Intentaba decirles que se habían equivocado de apartamento, que todo debía ser una confusión, que me permitieran consultar a los vecinos que seguramente ellos sabrían quién era esta mujer. No me escucharon y salieron rápidamente de la habitación. Fui detrás de ellas para intentar detenerlas pero la anciana me sujetó del brazo y empezó a gritar algo que yo no entendía. Su rostro se volvía cada segundo más monstruoso, sus ojos brillaban y su boca olía a ajo. Podía haberme ido corriendo para alcanzar a las enfermeras o seguir buscando una explicación a este delirio, pero mi impulso de acabar con ella fue mucho más fuerte. Espontáneamente mi rostro dibujó una sonrisa y mis manos se movieron de forma lenta y precisa hacia su cuello. Fui apretando poco a poco cada vez más fuerte, sintiendo un placer inmenso cada vez que gemía, cada vez que le fallaba más y más la respiración, cada segundo que se iba debilitando hasta que sus asquerosos y blancos ojos se cerraron...Mi sonrisa continuaba intacta.

Desperté en el suelo, en una esquina de la habitación. Al ver las sucias paredes y las dos camas, me di cuenta de que no había sido una pesadilla. Sin embargo, la anciana no estaba. Salí de la habitación, recorrí el apartamento. Casi vacío, con apenas dos sillas destartaladas en el salón y el aspecto viejo y asolado igual que el de la habitación, nada parecido a donde recuerdo haber vivido estos últimos tres años. Entré en la cocina y al mirar hacia la ruinosa puerta, advertí a la anciana, de pie y con un palo de madera en la mano. Lo descargó con toda su fuerza en mi cabeza. Pasados unos segundos, observé que caían unas gotas de sangre desde mi frente hasta el suelo, seguidas de mi cuerpo, hasta que lentamente perdí el conocimiento, otra vez.

No sé cuánto tiempo había pasado. Sin sentir dolor ni heridas, salí al rellano. Todo estaba silencioso y oscuro allí. Había grietas y manchas en lo que alguna vez fueron paredes color turquesa. Percibía un olor extraño, como a ropa húmeda mezclado con cloacas. Subí a la azotea y allí estaba la anciana repulsiva, de espaldas, parecía que miraba hacia la nada. La empujé al vacío.

Esta vez me desperté en el rellano. Parecía que se acababa de poner el sol, era siempre el mismo tipo de luz cada vez que abría los ojos. Escuchaba golpes en una puerta, desde dentro. Una puerta quizá atascada. El ruido me desorientaba. Esta vez me dolía mucho la cabeza y me sentía mareada. Logró romper la puerta con alguna herramienta, quizá una llave inglesa. Por supuesto, era la anciana. Gritaba y venía hacia mí, con la herramienta en una mano y un

Autora: Oriana D. Castillo

cuchillo muy afilado en la otra. Me apuñalaba una y otra vez con la misma sonrisa que tenía yo la primera vez que la maté. Pero yo la odiaba tanto que aunque ella seguía clavandome el cuchillo sin parar, me sentía con fuerzas suficientes para arrancarle esos ojos blanquecinos, putrefactos. Y eso hice. Hundí mis pulgares en cada uno de ellos. Noté como la sangre que brotaba de sus repugnantes agujeros empapaba mis manos. Mientras más húmedas estaban mis manos, más fácil era introducir mis dedos. Los hundía sin parar, hasta que pude ver cada uno de sus ojos salir de la superficie de su rostro.

Por fin parece que todo ha acabado. Sin embargo, puedo recordar a la perfección cada espantoso detalle.

Ahora sé que ya no me levantaré, no entiendo porqué, simplemente lo sé. Es sólo mi mente, mis pensamientos y estas escabrosas memorias...

This work is licensed under the Creative Commons Attribution 4.0 International License. To view a copy of this license, visit http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/ or send a letter to Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Autora: Oriana D. Castillo